

Cabo Froward y la grandeza

El año del terremoto de **1985**, durante el primer semestre, Francisco Méndez, nuestro profesor, nos hizo observar las grietas en la ciudad y llevarlas al Taller de Diseño Gráfico. Croquis y dibujos dieron cuenta de una fuerza telúrica incontenible. Quiebres, desniveles y derrumbes se convirtieron en rasgaduras de colores fulgurantes de papel volantín y trazos impresos en bellas serigrafías. Tras esas experiencias, Pancho nos habló de Immanuel Kant, la estética de lo sublime y su propia vivencia en la primera Travesía a Cabo Froward: la intensidad que se padece cuando la naturaleza lo desborda a uno. No era fácil comprender, pero las grietas de ese terremoto fueron el primer indicio.

Más tarde, ya en la travesía, el cruce de la cordillera nos dio una dimensión del territorio americano, una cicatriz atávica en la piel llana de la pampa que se interrumpía cada vez que nuestros buses paraban, y Pancho nos pedía que hiciéramos un signo, un «hecho plástico» evocando las antiguas Phalènes. Las llamaba Xenias, y hechas de cañas y papel de color quedaban a un lado de la carretera, frágiles a merced del viento que las desintegraba tan pronto lográbamos alzarlas. Cada día de ese viaje hasta llegar a Punta Arenas nos vimos enfrentados a la grandeza del suelo y del cielo.

La recalada en Froward no fue menos sobrecogedora. El desembarco desde la barcaza *Rancagua* se retrasó por una ventisca y hubo que esperar algunas horas para bajar a tierra con los materiales, el campamento y nuestra propia carga humana.

Tras días de faena, subiendo y bajando del cabo, habíamos construido un nuevo signo con láminas de metal dorado y esmaltado con colores que colgamos de la pared del acantilado. El taller de Arquitectura fundó unas terrazas e instaló las

arpas eólicas, que zumbaron con el fuerte viento de la cumbre. Esa cumbre era la culminación de un vía crucis que databa de 1913. La primera cruz hecha de rieles yacía doblada en la cima, junto a otra de hormigón que la reemplazó en 1944.

Terminadas nuestras obras se decidió como acto final levantar una cruz de madera. El izamiento de esa frágil cruz, de no más de cinco metros de altura, se transformó en una imagen imborrable en medio de ese paisaje agreste. La diáfana luz de media tarde, el blanco absoluto del brillo de las aguas magallánicas, dibujó la silueta de un navío que hacía sonar su sirena al mismo tiempo que lanzaba bengalas saludando a aquellos que estábamos en la cima del Cabo Froward. El signo, el territorio, la mirada. Una vez más la grandeza, esa de la que habló Pancho Méndez, quedó impresa en nuestros recuerdos de travesía.

Miguel Valderrama Vargas